



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.



Los ocho tomos de esta importante obra, que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

R. 3531077

72
65511
PADRE NUESTRO, AVE MARIA Y GLORIA

HAY hombres ¡desgraciados! para quienes la Religión es apenas otra cosa que una de las muchas tonterías dignas sólo de ocupar la atención de las mujeres y de los niños. Suelen los tales apellidarse con mucha formalidad librepensadores y despreocupados; blasonan á todas horas de cierta superioridad suya sobre el vulgo de las gentes; viven ellos solos en una región de luz, mientras nosotros ¡pobres de nosotros! vegetamos sumidos en las tinieblas del más denso oscurantismo. Ya se ve; tomamos por lo

serio cosas tan tontas como Dios, alma, eternidad; damos tanta importancia á cuestiones que tienen tan poca, que... al fin, lector, los creyentes, aunque tuviéramos el genio de Balmes y de Bossuet, seríamos siempre unos pobres peleles sin discurso ni sentido común. Eso sí, no les preguntéis á ellos sobre las cuestiones de Religión que afectan resolver con tan magistral desparpajo: ni cinco minutos de su vida han gastado en estudiarlas; riense de ellas, y tienen esto por sublime filosofía, cuando no es sino supina y vergonzosa ignorancia. *Sabios* así os los encontráis á un dos por tres en cada encrucijada. Por ellos sin duda se dijo en la Escritura que el número de los *neccios* es infinito.

Uno de éstos, caballere te pisaverde y barbilindo, galanteador incansable y voto de competencia en la zarzuela y

en el toreo, hubo de terciar hace pocos días delante de mí en una conversación sobre materias religiosas. Citaba una buena señora por casualidad no sé qué sobre un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria*, y soltó ruidosamente la carcajada el filósofo novel, y dando al olvido hasta la buena educación del colegio: «¡*Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria*! exclamó; ¡he aquí lo que es la Religión; la más sosa de las rutinas! ¡Desde que la primera vieja empezó á ensartar una tras otra estas tres cosas, ya nadie supo moverse de ahí!» Y volvió á reir sonoramente, y arreglóse coquetamente el lazo del corbatín, y paseó sobre los circunstantes una triunfante mirada.

No soy amigo de polémicas religiosas, sobre todo en la frívola conversación familiar; raras veces se aprovecha en ella la saliva que se pierde y

el pulmón que se gasta. Pero no puedo prescindir casi siempre de aplicar un mediano tapabocas a quien tenga la poca crianza de abrir la suya insultando las creencias de los demás.

—Usted, caballero, le dije con calma, ha nombrado la palabra *rutina*, y supongo sabrá por de contado lo que quiere decir, sin necesidad de preguntárselo al Diccionario.

—Toma que sí, respondió satisfecho el interpelado: rutina... rutina... ¿quién no lo sabe?

—Pues yo pido que me lo explique V., si no lo há por enojo.

—Rutina es ó debe de ser, si no me equivoco... hacer siempre las cosas de la misma manera.

—Pues no es tal, y V. se equivoca miserablemente. ¿Cree V. que es rutina el que ande V. siempre sobre dos piés en lugar de andar alguna vez sobre cuatro?

Una carcajada general resonó en el grupo de las señoras, y el *sabio* quedó desconcertado.

—Luego, proseguí yo, no es rutina hacer siempre las cosas del mismo modo, cuando hay una razón para seguir haciéndolas así. Luego el que una cosa se repita idénticamente por siglos de siglos, cuando pueda presentar para ello sus razones, no es grosera rutina, como V. ha dicho, sino laudable perseverancia. De donde saco dos consecuencias preciosísimas y oportunas sobre toda ponderación. Primera. Que V. habló por hablar, y sin conocer el significado de la palabrilla que citaba, y con la cual pretendía ponernos en ridículo. Segunda. Que la Religión católica que profesamos no es rutina ni cosa que lo parezca, porque aunque recomienda siempre las mismas prácticas, tiene para cada una de

ellas, hasta para las más minuciosas, razones elevadísimas que conocen los que tienen la buena voluntad de escudriñarlas.

—¡Muy bien! exclamó riendo el pisa-verde para disimular la confusión de la derrota; pero á lo menos no me negaréis que en el caso presente del *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria* (y aquí volvió á reir estrepitosamente) ha de ser muy difícil encontrar las elevadísimas razones que con tanto énfasis habéis citado.

—Algo de eso diría yo, y aun en letras de molde, si pudiese dar cima á un librico de pocas páginas que en el cerebro me anda bullendo con el título de *Filosofía de las devociones populares*. Pero hasta que venga ese día no tengo reparo en anticipar sobre el punto que á V. ha hecho tan maldita gracia algunas explicaciones, haciéndole

ver la profunda razón teológica por la cual, del mismo modo que la sogá va tras el caldero, van siempre el *Ave María* tras el *Padre nuestro*, y el *Gloria* tras los dos cerrando la marcha. Y otra vez prometo dejar á V. mudo, si no convencido. ¿Acepta V. el convite?

—Sea enhorabuena.

—Voy, pues, al caso. Las tres palabras de que ha hecho V. tan necia burla comprenden nada menos que la parte más esencial del Catolicismo, después del sacrificio de la Misa y de los Sacramentos, cual es la oración, y son la fórmula más completa y acabada de ella. Toda la sabiduría de los más eminentes teólogos no hubiera acertado á prescribir un medio más sencillo y más completo de orar que el que encontró el pueblo cristiano uniendo al *Padre nuestro* el *Ave Ma-*

ría, y después de los dos el *Gloria Patri*.

¿Sabe V. qué es el *Padre nuestro*? Es el memorial dictado por el mismo Jesucristo en persona, que lo dejó como en borrador á sus discípulos, para que de allí lo copiásemos todos cuantas vecesuviésemos que dirigirnos en demanda de algo al Padre celestial. La primera dificultad que aqueja al lugarreño que ha de presentar á una Autoridad elevada una súplica cualquiera, es el modo de expresarla. Por esto la costumbre ha puesto en práctica ciertas fórmulas de pedir que, con ligeros cambios, sirven para todos los casos. Por esto se dice al atribulado en tales apuros: «Ponga V. una solicitud ó memorial.» Y si por su rudeza no sabe cómo empezar, no falta por allí un oficial caritativo que le tome la pluma de las manos y se lo endilgue en un

dos por tres, y le diga luego: «Ea, firme V. ahora aquí al pie, y asunto concluido.»

El ejemplo es vulgar y ordinario, pero exactísimo. Somos delante de Dios mucho menos que rudos lugareños ante el gobernador de la provincia, y con todo y sentir mucho nuestras necesidades, no acertamos con el remedio que hemos de pedir por ellas, ni aunque lo acertáramos sabríamos tal vez pedirlo. Cristo, ministro y como secretario de Dios-Padre, y enviado por El para instruirnos, vió esta necesidad, y nos dijo un día (*Matth.* vi, 9): *Mirad de qué modo habéis de pedir: Padre nuestro que estáis en los cielos*, etc. Y dictó el *Padre nuestro*. Y desengañese V., caballero; al memorial cuyo borrador nos puso Cristo en las manos no le falta punto ni coma. Comprende todas las necesidades, em-

pezando por las del alma, siguiendo por las del cuerpo, y acabando con aquel tan expresivo *Libranos de mal*, que lo dice todo. Y es brevísimo como ha de serlo todo memorial, que como V. sabe, después del *Ilmo. ó Excelentísimo Sr.* hasta lo de *Gracia que espera*, etc., no ha de contener más que lo sustancial de la súplica. Aquí el *Ilmo. Sr.*, el encabezamiento, lo forman aquellas palabras *Padre nuestro que estáis en los cielos*, y la conclusión la constituye aquel *Amén* que añadimos, y que significa, según el Catolicismo, *Así sea*, y que no es más que aquello de *Gracia que espera obtener del buen corazón*, etc., etc. ¿Le parece á V. que no es así, caballero?

—Verdaderamente no está mal traída la comparación. Ajusta perfectamente. Pero ¿y el *Ave María*? ¿Forma también parte del memorial?

—¡Ah, no, caballero, no! el memorial dictado por Cristo es completo, y no necesita apéndices. El *Ave María* no forma parte del memorial. Es, digámoslo así, la carta de recomendación.

—¡Oiga! ¿Pues también se usan empeños allá en el cielo como en las antecámaras de los ministros y ministrillos de acá abajo? ¿Pueden también por allá las faldas y las caras bonitas?

—Téngase V., caballero, y no sea irreverente con lo que no conoce. También pueden en el cielo los empeños y las faldas y las... no diré las caras bonitas... pero si las almas justas, que tienen más poder ante Dios que el que pueden tener ante un hombre todas las buenas caras habidas y por haber. También valen en el cielo las cartas de recomendación, porque el dogma católico las admite con el nom-

bre de *intercesión*, aunque rabien los protestantes. Y cabalmente la doctrina católica nos dice que hay allí cerca del trono de Dios una Mujer; ¡vea V., mujer había de ser! una Mujer, digo, á quien los Angeles de parte de Dios llamaron ya en este mundo llena de gracia, y á quien nosotros reconocemos llena de gloria, de poder y de majestad. Es Madre del Rey, y con esto está dicho todo. Y es además de una hermosura incomparable, en su alma más aún que en su cuerpo. Y por ser tal puede mucho y muchísimo, y una palabrilla suya, vamos al decir, un gesto solo, un movimiento del corazón bastan para arrancar del trono de Dios la merced que suplicamos. Por esto nos asimos á su manto (vea V. lo de las faldas), y después de firmado el memorial consabido, unimos á él otro memorialito á la Madre del Rey, para

que apoye al primero, y si conviene lo presente Ella misma en persona. Por esto, después de dirigirla algunos saludos (V. diría tal vez *piropos*) le decimos *Ruega por nosotros pecadores*: atienda V. bien *ruega*, es decir, recomienda, apoya, haz valer tu empeño. En suma, lo dicho, una verdadera carta de recomendación, un empeño como cualquier otro.

— ¡Cáspita con el teologuillo de tocador! ¿Y está eso conforme con lo que le enseñaron á V. en el aula y con lo que dicen los rancios Santos Padres?

— Tan conforme, caballero, que no lo puede estar más. No me espanta el dictado de teólogo de tocador que V. acaba de encajarme. También el tocador de las damas y de los pisaverdes necesita su poco ó mucho de teología, como lo necesitan también los callejones y plazuelas, y los desvanes y

buhardillas del arrabal. Persona que vale cien veces más que yo, y aun mil, me recomendaba á mi, cuando andaba metido en disertaciones escolásticas y bárbaros silogismos, el estudio de la teología de tocador. Con que ya ve V.; no es para V. el honor de haber inventado tal palabrilla.

—Corriente. Pero ¿y lo del *Gloria*? ¡Ese latinajo que nadie sabe pronunciar y pocos entienden! ¿A qué le viene á la oración esa especie de *Laus Deo* tan gótico y tan extravagante?

—Pues ahí verá V. El *Padre nuestro* es el memorial. El *Ave María* es la recomendación. El *Gloria Patri* viene á ser la dirección ó el sobrescrito.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿También eso? Muy traída por los cabellos va pareciéndome ya la semejanza, por mucha que sea la habilidad de V.

—Favor que V. me dispensa, caba-

llero... pero le aseguro que no la ha de hallar traída por los cabellos, sino muy natural. ¿Cuál es el término final de toda oración y de toda obra buena para un católico? No es precisamente alcanzar la gracia suplicada; es la gloria de Dios por medio de la consecución de aquella gracia. La gloria de Dios es el fin supremo de todo, así en el orden natural como en el sobrenatural. Por ella fueron criados cielos, tierra, Angeles, hombres, cuerpos y almas. Lo que á ella no se dirige es esencialmente defectuoso. El que desease la mayor y más elevada suma de heroicas virtudes, si no dirigiese implícita ó explícitamente este deseo para gloria de Dios no sería un santo, sino un satánico egoísta. Hasta el deseo de salvar nuestras almas debe estar subordinado á este fin único y supremo; que sea para gloria de Dios. Por esto aquel lema bendito de un

gran Santo y de una gran Sociedad religiosa: *Ad maiorem Dei gloriam: A la mayor gloria de Dios*, es más elocuente y dice más que cien libros. Si la gloria de Dios ha de ser, pues, el fin de todo, con mayor razón debe ser el fin de la oración. A ésta debe dirigirse toda. Bueno es, pues, consignarlo después de ella, y como si dijésemos, añadir en el sobre del memorial que, acompañado de la recomendación de María, enviamos á Dios, esta *dirección*: «Todo lo que acabo de pedir es para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:» *Gloria Patri et Filio*, etc. ¿Comprende V.? Esto significa. Y hasta las viejas lo saben, aunque no lo sepan ahora algunos jóvenes.

Calló mi interlocutor.

En adelante observéle más cauto cada vez que en mi presencia se hablaba de Religión.

A. M. D. G.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografia Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR

por el mismo Autor.

- 1 **La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.**—A 6 cénts.
- 2 **Ayunos y abstinencias: La Bula.**—A 6 id.
- 3 **El matrimonio civil.**—A 9 id.
- 4 **El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.**—A 9 id.
- 5 **El purgatorio y los sufragios.**—A 8 id.
- 6 **El culto de San José.**—A 5 id.
- 7 **El culto de María.**—A 8 id.
- 8 **El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.**—A 20 id.
- 9 **El culto é invocación de los Santos.**—A 8 id.
- 10 **Efectos canónicos del matrimonio civil.**—A 10 id.
- 11 **Misterio de la Inmaculada Concepción.**—A 6 id.
- 12 **El púlpito y el confesonario.**—A 13 id.
- 13 **El Padre nuestro.**—A 15 id.
- 14 **Las penas del infierno.**—A 15 id.
- 15 **La gloria del cielo.**—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Calsals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.